

I

— ¿**A**lguien ha visto alguna vez a un dragón?

— No, no digas tonterías, los dragones no existen. No cuentes mentiras que luego te crece la nariz.

Sofía miraba por la ventana y deseaba fervientemente que lloviera. Adoraba aquellas tardes aburridas en las que, de repente, un trueno hacía temblar los cristales y las primeras gotas de lluvia humedecían las briznas de hierba lacias del prado. Sofía, entonces, se creía la niña más feliz de la comarca; bastaba una ceremonia rutinaria como aquella para que su pequeño corazón latiera con la fuerza de un batán.

— ¿De verdad que no has visto nunca un dragón? Pues yo, sí... Sofía, ¿dónde vas? ¿No ves que está lloviendo?

Alicia, su prima, dos años mayor que ella, ejercía de hermana mayor. Que si Sofía por aquí y Sofía por allá; que si no hagas esto que se enfada mamá, ni lo otro porque ya no tienes edad para estas niñerías, ni duermas con tu muñeca de trapo porque está hecha un adefesio. Sofía tenía este humor repentino; le daban ganas de separarse del mundo y, ni corta ni perezosa, ponía tierra de por medio y se perdía entre la maleza del alcor colindante. Allí, escondida entre unos matorrales, se alzaba su refugio, un lugar para estar sola y abandonarse

a un mundo con la sola extensión de sus sueños. Era todo lo que necesitaba. Ni Alicia, ni mamá, ni tía Ignacia, ni el mayoral Retuerto.

— ¡Loca, más que loca! ¡Te vas a poner perdida!

A lo lejos, Alicia podía ver la silueta de su prima difuminada entre la cortina de lluvia que caía con la suavidad de un paño.

— ¡Loca, más que loca! — alcanzaba a escuchar Sofía, cuando ya sus pasos se acercaban al refugio—. Y luego mamá y tía me echarán la culpa a mí, ¡maldita la gracia que me hace!

Y entonces comenzaba el drama de siempre: mamá llamaba al mayoral Retuerto, que dejaba a su suerte a las vacas en el prado y se encaminaba ladera arriba hasta que las voces del buen zagal acababan por convencer a la pequeña, quien despertaba de su insomnio con la promesa de volver lo antes posible. Y mamá — la buena Claudia, viuda antes de nacer su hija, o eso había dicho a Ignacia; acogida por su hermana más por atención hacia la pequeña que auxilio hacia su prójimo — la estrechaba con toda la fuerza que le permitían sus brazos, que no era poca, hasta que volvía a su convalecencia de meses: una eterna jaqueca que la mantenía postrada y que la tía Ignacia, tan gustosa en decir las cosas a las claras, atribuía a una maldición divina.

— Si tú no te hubieras casado con ese, un truhán de tres al cuarto, que te embebió los sesos como a un corderillo, no te habría castigado Dios con esta maldición.

Mamá se tapaba los ojos y no decía nada, como si el dolor de cabeza, lejos de persistir, fuera en aumento. Y ese silencio tan humillante lo llevaba Sofía en las entrañas. Y por eso quería que lloviera. Que no parara nunca. Y que su muñeca de trapo la ayudara a escapar alguna noche de tormenta.

Y la tía Ignacia:

— ¿Cómo has dejado a tu prima que saliera con este tiempo de perros que hace?

Alicia bajaba la cerviz como una de las vacas que cuidaba el zagal, y se conjuraba para hacérselas pagar a Sofía en la primera ocasión que tuviera. Sabía que Ignacia no la dejaría ir con el mayoral Retuerto ladera arriba, donde los pastos eran más pródigos, a la mañana siguiente.

— ¿A quién se le ocurre? ¡Por poco no se pilla una pulmonía la desgraciada!

— Madre, déjame que te explique...

— Nada, lo que me faltaba, que se fuera al otro barrio tu prima y tuviera que apechugar con tu tía.

Sofía escuchaba estas conversaciones con la oreja pegada a la pared. Ignacia, que hacía las veces de su madre indispueta, mandó a su sobrina que se recluyera en su cuarto.

— ¡Hasta la hora de la cena, no salgas!

Sofía aguantaba los castigos con la misma indiferencia con la que escuchaba las peroratas de su prima Alicia.

— ¿De verdad que no has visto nunca un dragón?

Pensaba en dragones y en princesas; en su papá, del que apenas le quedaba un recuerdo minúsculo, y que su madre insistía en proclamar ante Ignacia que había muerto; en la fotografía que tenía rota bajo la blusa (¿por qué no estaba en ella Germán?); en la enfermedad de mamá, en tía Ignacia y en tío Pedro; en su primo Eutimio y las cartas que enviaba desde el cuartel y que tía se negaba a leer en voz alta, como el sermón de un cura, como solía; en Retuerto y el lunar gracioso que tenía en la punta de la nariz y que se movía al sonreír, dotado de vida propia; en su muñeca de trapo manoseada después de tantas noches pegada a su cuerpo blanquísimo, de la que podía decir que tenía una edad, cuando menos, idéntica a la suya. Sofía pensaba en todas estas cosas y no podía abstraerse de ese reducido lugar de la comarca, de los pastos ladera arriba, del refugio que era una ventana a territorios soñados, del reloj del cuarto de estar y el cuco que cantaba las horas con voz estridente.

—Prima, he hablado con mi madre y te levanta el castigo. Que sepas que me ha echado la culpa a mí.

Sofía no contesta. Al otro lado de la puerta está el mundo y ella no quiere pertenecer a él; al menos, al mismo que el de tía Ignacia, prima Alicia, mamá Claudia. Quisiera pertenecer al de papá, tan lejano que es posible imaginar sus más insospechadas aventuras (¿por qué siempre se le confundían dos rostros, el de él y el aniñado de Germán, al recordarlo); o, por qué no, al de Retuerto y su silencio cómplice cuando se perdía ladera arriba con el ganado y parecía ser el dueño del cielo.

—Venga, no te hagas la tonta... Bueno, perdóname por lo que te he dicho antes... Podemos ir a recibir a Retuerto antes de que se haga de noche. Todavía quedan dos horas de luz, ¿qué dices?

—Alicia...

Y Sofía se sume en un llanto desconsolado, su cuerpo anegado de todas las desgracias imaginables.

—Alicia, ¿tú crees que el hombre será alguna vez capaz de volar?

Monte arriba, el paisaje cobra la amplitud de las distancias. Caseríos desperdigados aquí y allá, empalizadas que marcan las propiedades colindantes, las nubes que parecen tocarse con las manos. Alicia y Sofía corren al compás de Estrella, un cachorro de pastor alemán que vive en casa desde el pasado invierno. La casa se hace diminuta; los montones de heno, aún verdes, asoman por la ventana del cobertizo. Estrella recorre en un santiamén el camino hasta el Prado del Obispo, donde Retuerto espera que el sol baje para retomar el camino de vuelta. A lo lejos, el zagal saluda a las muchachas, y estas parecen haberse olvidado del sofocón de Ignacia. Ya no llueve, y ambas van pertrechadas de abrigo de piel vuelta. Dos domingueras en un prado. Dos ninfas que solo vienen a

verle, piensa Retuerto. Como otras tantas veces, sonrío; y, al instante, el lunar de la nariz empieza a moverse frenéticamente. Alguna vaca levanta la cerviz y vuelve a la faena tras otear los rostros conocidos.

— Vaya, pensaba que no os iba a ver hasta mañana...

— Mi madre ha perdonado a Sofía. Le ha debido pasar como a San Pablo, que se cayó del caballo y se convirtió. Porque, si no, no se explica.

Sofía atiende los comentarios con displicencia. Aún merodean sus pensamientos en tiempos y escenarios lejanos. Su padre. Los dos rostros confundidos (¿cómo se llamaba él?). La foto rota. El dolor de cabeza de mamá. El primo Eutimio y la mili en una ciudad del Sur. Tantas cosas. Las niñas se sientan junto a Retuerto y comienzan a contar las nubes. Más abajo, la niebla empieza a subir. En unas horas llegará hasta donde están ellos. Pero ya será de noche, y las muchachas y el zagal estarán junto a un fuego caliente dispuestos a cenar.

— Mira, esa se parece a un elefante...

— Retuerto, ¿tú has visto alguna vez un elefante?

— ¿Sabéis? — intenta sorprender a sus jóvenes acompañantes —, una vez fue a la capital y visité el zoo. En ese momento estaban dando de beber a un elefante; nada más acercarme, me debió de mirar con mal ojo, porque al animal no se le ocurrió otra cosa que darme un baño con el agua que tenía en la trompa. Es que uno es muy *tuno*...

Retuerto acababa las frases habitualmente con comentarios de este tipo. Es que uno es muy *así* o *asá*, muy *tuno* o muy *rebozado*; un poco *pelín* o el *oro de espadas*. Como pocos se relacionaban con él distendidamente — Ignacia ejercía, cómo no, de capataz firme —, nadie, excepto las niñas, se preguntaba por el significado de semejantes expresiones. Daba lo mismo. A las niñas, sobre todo a Alicia, Retuerto les caía simpático.

Ya no era tanto lo que hablaba, sino aquello que callaba lo que admiraba a las muchachas. En la aureola de su silencio anidaba un espíritu sabio. Retuerto sabía adivinar, al decir de las niñas, a qué hora exacta iba a llover o a dar a luz una vaca primeriza. Hablaba tan poco que se quedaba embobado mirando las nubes y cerraba los ojos para hacerse el dormido. Jamás había discutido de dineros con Ignacia. Le bastaba con lo que le daban, y podría decirse que con el aire de la comarca tenía más que suficiente. Además, no había ido al colegio, y esto contribuía a incrementar la figura mítica del zagal entre las niñas.

— Venga, Retuerto, si tú nunca has salido de la comarca.

— Aunque no lo creas, como todo hombre, mi mili me he tenido que correr.

— ¿Y te echaste novia?

Alicia, al principio, era la que siempre preguntaba, pero se trataba de un juego al que Sofía asistía complacida.

— ¿Novia? ¿Una chica, quieres decir?

— ¡Toma, no va a ser una vaca!

Retuerto se pone colorado y cierra otra vez los ojos. Mueve nerviosamente las facciones del rostro y el lunar recorre su cara y cobra vida propia.

— ¿A ti te gusta algún chico, Sofía?

— ¿No ves que es apenas una niña, animal? ¿A quién se le ocurren esas cosas?

Sofía se ríe y se pone roja.

— ¿Tú crees en los dragones?

Esta es la forma que tienen de conversar. Preguntas que son insinuaciones una y otra vez, respuestas que son una nueva pregunta. Así matan el tiempo mientras la niebla se levanta aún más y se acerca hasta ellos conforme cae la tarde. Retuerto saca una tableta de chocolate y se la acerca a las niñas. Estas toman un trozo diminuto y se lo llevan a la boca.

El paisaje, piensa Sofía, es de ensueño. Ellos solos, allí arriba, sin la tía Ignacia, ni mamá, ni nadie del caserío; las vacas pastando en silencio y la niebla que en unos minutos los cubrirá del todo.

— Esa nube de allí parece un dragón, mírala.

Alicia y Sofía atienden las indicaciones de Retuerto y esbozan una sonrisa asombrada.

— ¡Mira, aquella tiene forma de perro! — Sofía interviene con la complicidad de sus compañeros; es solo una niña, aún le queda mucha vida por delante.

— ¿Dónde está Estrella, Retuerto?

El zagal se mete dos dedos en la boca y emite un silbido cuyo eco rebota en las lomas lejanas. El pequeño pastor alemán salta una empalizada y lame la cara de Alicia.

— No, eso no, ni se te ocurra meterte en terrenos ajenos. Que luego madre me da una tunda que ni para qué.

Retuerto sonrío, acaricia el lomo de Estrella y la perra, agradecida, le devuelve el gesto lamiéndole la mano.

— Y tu hermano, ¿ha escrito otra vez?

— El pasado martes. Que si se iba de maniobras y todo eso. Eso me dijo Sonsoles. Aunque mi madre ya no dice nada de sus cartas. Antes, nos las leía siempre, pero desde hace un tiempo... En fin, yo es que no entiendo de cosas de militares.

— Vamos, que está gastando la vela pegando tiros en algún monte perdido.

Sofía se revuelve inquieta.

— ¿Y tú has matado a alguien, Retuerto?

El zagal agacha la cabeza. Aparta la visión de un manotazo.

— Mira, aquella nube tiene forma de conejo. Este año el monte está plagado.

Alicia abre los ojos y no puede resistirse a la pregunta.

— ¿Y cuándo nos llevas de caza?

La niebla ha llegado hasta ellos. Aún no es de noche. Retuerto se levanta y recoge la manta del suelo. Se levanta los cuellos de la pelliza y agita las piernas.

— Es hora de regresar. Ya no se ve nada.

Las vacas, sin recibir orden alguna, siguen a su mayoral con la misma rutina de cada día. Una leve llovizna incomoda el descenso.

— Sofía, ¿no te has traído el paraguas? Cuando nos vea madre, de esta no salimos en un mes.

Sofía vuelve a su ensimismamiento según desciende hasta el caserío. A la izquierda, oculto tras un montículo, se levanta su refugio. Como siga lloviendo, no va a poder acercarse en unos días. Con lo que a ella le gusta la soledad y que no la moleste nadie. Estrella abre el paso. Un poco más adelante, se vislumbra bajo el farol de la entrada una silueta en la puerta. Sin duda, es Ignacia. Sofía puede sentir la respiración de Claudia, el lamento silencioso de la jaqueca.

— Vamos, entrad. Y tú, Retuerto, a ver si bajas antes a las niñas cuando vayan a verte. No las entretengas allí arriba, que el ganado ya está hermoso de tanto comer. Ahora ordeña y no tardes. Acércanos un cubo de leche antes de irte. Déjalo en la puerta, que ya salgo yo. No hace falta que te molestes en entrar.

— ¿Dónde me lavo, entonces?

— Te llevo la cena a tu chamizo, así que puedes seguir oliendo a pastos...

Retuerto asiente a cada una de las palabras de su ama y desecha la idea de compartir la mesa con las niñas y sus miradas cómplices. Aún le quedan dos horas de duro trabajo. Mete a la ganadería en el establo y se dispone a entrar en faena. Estrella, que no es bien recibida bajo el techo del caserío, curioseas y gime a ratos buscando la atención de su acompañante. La noche no deja ver ninguna luminaria en el cielo.

Desde el establo, la niebla impide adivinar la casa. Apenas se percibe la luz del farol de la puerta trasera.

Retuerto se conforma con lo que le ha dado la vida. Él no es una persona de posibles, sin estudios y con ese garbo de adefesio. El lunar es lo menos importante. Hace años que Retuerto no se mira en el espejo. Lo suyo son las vacas; la ganadería y hablar con las niñas de vez en cuando. Eso le basta para sentirse, por un momento, feliz.

— Retuerto, ¿pero tú has matado a alguien?

Las palabras le retumban en la cabeza y no le dejan concentrarse en ordeñar. Yo sí que hice la mili, en el sur del país. Todos en la comarca dan por hecho que el zagal ha cumplido con la patria, nadie podría decir nada en su contra. Yo sí que hice la mili, en el sur del país. Año y medio alejado de la comarca. Pasando frío por las noches en el cuartel. Fumando un pitillo que le daba un compañero que se dedicaba al trapicheo. Para eso sirve la mili, para que algunos se hagan de oro. Al hermano de Alicia le estará pasando lo mismo. O entras en el juego, o te crujen. Sí, mi general; no, mi general; lo que usted diga. Retuerto nunca ha pronunciado una palabra más alta que la otra. Lo dicho: nadie puede decir de él nada malo. Sección de Infantería. ¿Qué batallón? La pistola se le disparó sin querer. Estaban de maniobras. Aquel chico tirado en el suelo babeando sangre. Una lástima. A Retuerto lo licenciaron antes de tiempo. Con la congoja del arrepentimiento. Con el deseo de que esa bala hubiera impactado en su estómago. Retuerto es así. Por no molestar, sería capaz de sufrir los castigos más duros. Y Eutimio, ¿se verá en una situación parecida? No, él ha nacido para triunfar, seguro que ya será lo menos sargento con chófer propio. Y la Ignacia henchida de orgullo, mientras su hermana se esconde de los dolores de la cabeza, de su pasado y de su mirada de loca (¿no había oído que hasta hablaba con las sombras de la alcoba y

que, según decían, la visitaban los muertos de madrugada?), bajo esas sábanas que no pueden cubrir ni la vergüenza.

—Tranquila, Morucha, que ya acabo contigo.

Estrella mira a Retuerto con tal compasión que, por un momento, parece que a la perra se le escapa una lágrima. Ya le queda menos. Una vaca más, la Tierna —siempre se queda la última en estas labores—, y podrá irse a descansar. Retuerto vive acompañado de sus pensamientos. Solo de ellos. Horas y horas. Estrella, cada noche, se hace un fardo al pie del jergón. Al zagal le cuesta dormirse. Ya no es únicamente aquel disparo accidental. Ha pensado tantas veces en ello que no sabe a ciencia cierta si es real o una pesadilla. Hace tanto tiempo de eso. Se licenció y, como en la comarca había poco trabajo, cayó en las garras de Ignacia.

—Retuerto, ¿tú tienes novia?

La única vez que tocó a una mujer fue en las fiestas de la comarca, ni se acuerda cuántos años hace de eso. Era la hija del boticario y estaba de vacaciones de verano. La pobre no era muy agraciada, pero en aquel baile que se echó con Retuerto a este se le salía el corazón por la boca. No sabía dónde colocar la mano. En la cintura, sobre el hombro, apretando su mano con fuerza. Se intercambiaron varias miradas inocentes y a ninguno de los dos se le ocurrió dar un paso más allá. Como Retuerto apenas bajaba por el pueblo, el verano tocó a su fin y la muchacha reemprendió sus estudios sin volver a maravillarse con su príncipe azul.

—Retuerto, ¿tú tienes novia?

La Tierna ya no da más de sí, sus ubres están secas. Toma el taburete y lo deja colgado de la pared de adobe. Arroja el contenido del cubo en la cisterna, que marca cien litros. Se le olvidaba. Abre el depósito y llena otro cubo hasta arriba. En medio de la niebla, todavía más intensa, y bajo una llovizna insistente se dirige hasta la casa de Ignacia. El farol aparece

de súbito, apenas a unos metros. Retuerto se seca el sudor de la frente — como no me abrigue bien, voy a coger una pulmonía — y, siguiendo las instrucciones de la ama, deja el cubo sobre un poyete que flanquea la entrada. Deben de estar cenando. A él le mendigarán las sobras. Lo que daría por compartir una pequeña conversación junto a unos trozos de leña ardiendo. En unos minutos se repetirá el ritual; él en el chamizo, cubierto por dos gruesas mantas, e Ignacia portando un perol con las sobras. Retuerto, como buen cristiano, las compartirá con Estrella. Hasta que llegue ese momento, toma el camino de vuelta y se dispone a descansar en el jergón.

